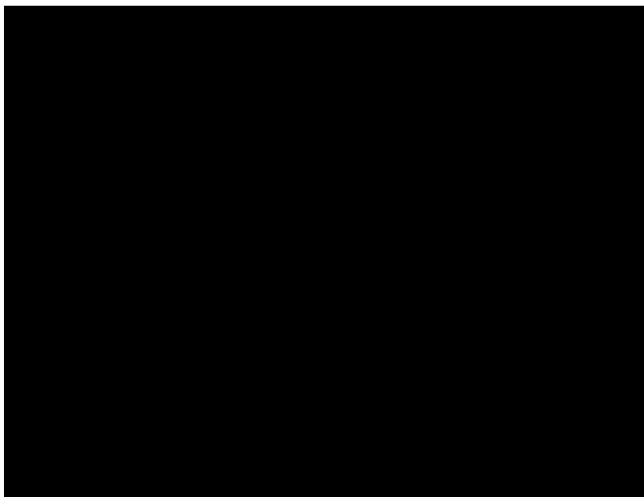


# **Observaciones sobre rock y cultura en un festival autogestionado**

**Pablo Racca**



Pablo Racca es  
un escritor rosarino.  
*[pbloracca.com.ar](http://pbloracca.com.ar)*

*“No veo logos de marcas entre los  
árboles del Cuero... así debe ser el  
Paraíso...”*

El “hábitat del Cuero” (concepto enunciado por Paula Maffía desde el escenario) se me hizo difícil de captar inicialmente, para luego revelárase en su totalidad durante las últi-

mas horas del segundo día de festi.

Mi experiencia está completamente afectada por la propia idealización de los espacios autogestionados, en particular, y de todos los espacios culturales que se intentan correr de lo *mainstream*. Mi expectativa previa es la de encontrarme con la radicalización de prácticas contraculturales, una aplanadora que hasta en sus más

mínimos detalles le grite —suavemente, en suspiro de voz de Loli Molina— “estamos acá al costado” al *sistema*. Y \*pah\*, ya incluí, en menos de un párrafo, el concepto totalizador. Escapemos de él por un rato. Me refiero, puntualmente, al costado de las prácticas que se repiten de forma hegemónica en los espacios culturales, más particularmente, aque-

llos de la música rock/pop y sus derivados (todos presentes en el pizarrón de Jack Black en Escuela del Rock) pero que en un festival no son sólo la música, sino este “hábitat” compuesto por *prosumers* de distinta clase: artistas, espectadores, plomos, feriantes, cajeros, *barmans*, cocineros, cuidadores, bomberos, sonidistas, *stages* (feo plural), coordinadores, coordina-

dores de coordinadores, cabezas de la organización, entre otros<sup>1</sup>, que hasta ahí mi atención llega. Escribo, desde mi pequeño lugar de observador idealista, sobre las cosas que vi y que analizo y de las que me pregunto y repregunto (un “re”preguntar que es repetición y énfasis y grito hondo),

1 Léase “artistas, espectadorxs, plomxs, feriantes, cajerxs, *barmans*, cocinerxs, cuidadorxs, bomberxs, sonidistas, *stages* (feo plural), coordinadorxs, coordinadorxs de coordinadorxs, cabezas de la organización, entre otrxs. Escribo con el género neutro masculino pero izada está la bandera inclusiva.



sin ánimos de afirmar con vehemen-  
cia, pero afirmo a lo largo del texto  
porque, si no, muero inflado de aire  
sin exhalar. He aquí

el final

de este prólogo (o prefacio, nunca  
supe la diferencia).

\*\*\*

Las letras de las canciones. Cualquier comentario negativo sobre “las letras de las canciones” puede tomarse como diatriba de viejo, de *snob* o algún otro personaje estereotípico. Tomar el riesgo y apuntar algo sobre este tema —pienso— tal vez me ubique entre ellos, pero intento: creo que es mala señal habernos acostumbrado a las letras de canciones que no usan

más que palabras y frases que escuchamos todos los días. Pareciera que el artista que recurre a ellas encuentra cierto encanto en la posibilidad de insertarlas dentro del 4/4 y fascinación en la sonoridad similar (“rima”, como dicen los especialistas) cada tantos compases. Me sorprende encontrarme con esta primera impre-

sión frente al *opener* de un festival “alternativo”.

Digresión: Durante todas mis notas me enfrenté al concepto de “lo alternativo”. Me refiero a lo alternativo como opuesto a lo *mains-tream*. El problema es que la (sana) diversificación de fuentes de consumo de contenido, y en ellas la (todavía más sana) diversificación de

*broadcasters*, hace difícil definir la idea con precisión. ¿Cómo reconocemos que algo es *mainstream*? Voy a sugerir que la esencia no está en las estadísticas (contar reproducciones en algún servicio de *streaming*), ni si algo está sonando en las radios de moda o Mtv (mal que nos pese, siguen siendo fuentes de consumo masivo): creo que llamamos “alternati-

va” a la creación, y “alternativo” al artista que la crea, y “alternativa” a la curaduría de un *line-up* que los incluye, cuando reconocemos autenticidad en ellas. Cuando la creación/el artista/el *line-up* **son porque son**, y no por perseguir otros intereses. Ésta fue una digresión *alta*.

En un espacio como el Cuero uno no espera encontrarse con el artista

alternativo, pero como *opener* tenemos a un artista que está iniciando su carrera (esto podría hacerlo alternativo, no *mainstream*, si el criterio fuera el censado de su base de fans), pero escuchamos sus letras y pensamos “esta búsqueda parece más bien *mainstream*”: aquí no están el corazón en la mano, el alma perturbada o al menos algo de transpiración al a-

notar posibles versos en la *app* de notas del celular.

El Cuero, sin embargo, bien demostró su esencia alternativa más adelante; el *opener* del segundo día del festival es prueba clara. Por suerte, las primeras impresiones pueden cambiarse por las segundas, terceras o cuartas (si el alma es gentil).



\*\*\*

Hay un momento en el que, durante una intro instrumental algo extendida que sale de una máquina, el artista está visiblemente incómodo sobre el escenario: los segundos le parecen eternos, diez le parecen cien, cien le parecen mil, aun si fue él mismo el que dispuso esos compases para que

la máquina reproduzca en escena.

“En el estudio era distinto”, pensará.

En este período, la seguridad del artista se pone en juego, pero más que nada su ego: piensa que lo estamos mirando, olvida algo que muchos también olvidamos: el oído puede captar toda nuestra atención; mientras escuchamos algo bueno, *no ve-*

*mos. Artista: haga buena música y  
quédese en paz.*

\*\*\*

Es difícil determinar la personalidad de un saxofonista. Hablamos de estereotipos, claro, de odiosos estereotipos. Pero el mundo del rock, lúdicamente, nos los presenta, y están bien

para la diversión sana, evitando caer en lugares desafortunados (es decir, derivados del desdén o desamor). Digamos que el lugar que ocupa una persona en la banda nos permite anticipar en él ciertas características de su personalidad, que aciertan con acierto similar a los aciertos del signo astrológico o kin maya. Hablamos del guitarrista con complejo de *front-*

*man*, el bajista callado y virtuoso que dentro suyo siente que es imprescindible, el batero con complejo de director de orquesta que lo hace entrar en crisis en cada show.

¿Cómo es un saxofonista? Intentar definiciones es prueba difícil. La memoria no arroja pistas de posibles estereotipos, tal vez porque es un integrante inusual en el mundo del

rock, el estructurado mundo del rock. Algunas notas desornadas observando a los dos (!) saxofonistas en escena: el instrumento los obliga a permanecer casi estáticos, con poca libertad de movimiento, el instrumento en la boca condiciona, el instrumento pesado, riesgo de posible desbalance postural a cada momento. El personaje se ve contenido y, por tanto, al-

go reprimido por el mastodóntico objeto que está obligado a cargar verticalmente (a diferencia de la guitarra, que cuelga oblicua u horizontal, ayudando al buscado balance). El saxofonista parece buena onda y con energía; la cantidad de aire que necesita para la odisea de un show completo es inusitada. Debe controlar el uso del aire.

Podríamos decir que el saxofonista es una persona con *demasiada* onda, una persona con tanta energía que podría —si se lo propusiera— alimentar el alumbrado público de una pequeña población con la energía de su soplido, y es entonces su propia psique o espíritu quienes lo han llevado a buscar el balance, no postural sino espiritual, por medio de la sufri-



da tarea, la sisífrica tarea que lo enclava en su lugar del escenario y lo obliga a empujar y empujar notas a través de la montaña a lo largo de todo el show, para que al final la gente (por incomprensión, por miedo a lo distinto o a lo que no conoce) vaya entusiasmada a saludar al guitarrista.

\*\*\*

Los clásicos siguen siendo grandes, y en este festival la humilde performance de clown es la primera de la tarde que cautiva.

\*\*\*

Una banda donde la *frontman* es mujer y el resto de los músicos son va-

rones todavía nos interpela. En una escena heteronormativa, este tipo de formaciones suele adjudicarse a un conjunto de músicos varones que buscó una voz femenina como estrategia ganchera: “la chica linda adelante, la voz sensual arriba de la mezcla, para que la gente nos escuche”. No es éste el caso: la banda se presenta con el nombre de la *frontman*,

es decir, vemos a la banda formada por ella para acompañar su desarrollo solista. Por alguna secuencia de eventos y decisiones que desconocemos, la artista terminó rodeándose de músicos varones. En estos días, algunos podrían interpretarlo como señal de empoderamiento. Pero en el mundo del rock este tipo de formaciones ha sido muy usual y, en general, se a-

socia más bien a la artista que buscó a los mejores para acompañarla, y los instrumentistas más talentosos que encontró fueron hombres. Podría discutirse si figuras como Janis Joplin encontraban en esta configuración alguna sublimación de su necesidad de empoderamiento, de mostrarse en el escenario y en los discos al mando de un grupo de varones, como la ma-

triarca de esa pequeña comunidad que la sigue a todas partes.

La duda sigue ahí: ¿confirma esta práctica que sigue existiendo una tendencia a considerar mejor instrumentista a un varón que a una mujer? ¿Hubo paridad de género al menos en el proceso de selección de los músicos de la banda? ¿Surgen estas preguntas por el hecho de estar todavía

en una escena heteronormativa, y por eso el ojo busca la disparidad, cuando en realidad la configuración de la banda que ahora escuchamos fluyó con toda naturalidad (los cuatro amigos se juntaron tocar juntos), y en cada uno de los músicos y en la banda como conjunto está trascendida la cuestión de género?

Que estas preguntas, de todas formas, no opaquen lo que escuchamos: la banda es buena, digna del escenario y del excelente sonido<sup>2</sup> que acompañó todo el festival.

¿Hay algo que cuestionar aquí?

Siempre lo hay, aunque tal vez no

---

2 Como baterista, sólo me permito señalar que tacho y toms de la bata se oyeron bastante deslucidos en varios momentos, pero fuera de esto, la calidad de sonido fue muy buena.



haya nada cuestionable. Simplemente, permítasenos pensar.

\*\*\*

Justo cuando veíamos a la banda perceptiblemente deconstruida en su formación. Justo cuando escuchábamos a la música perceptiblemente deconstruida en estructura, sonido, letras, a-

centos, actitud, justo ahí, escuchamos a la *frontman* decir tres veces seguidas su nombre —nombrando disco, banda y a sí misma— y presenta a los músicos como “sus” músicos, y los sueños de deconstrucción total se apagan. Porque la construcción hegemónica de “el *frontman* y su banda”, con su contrapropuesta de exacta reproducción (“la *frontman* y su ban-

da”) deben algún día terminar. Es algo debatible (como cada coma de estas líneas que escribo), pero es un debate que escucho muy poco en el ambiente.

La iconificación del “músico compositor”, que se presenta como responsable de cada sonido que se emite desde el registro grabado o la ejecución sobre el escenario de sus

composiciones, está presente desde los inicios del rock. Como idealista de los espacios de construcción colectiva, la concepción del arte centrada en el autor iconificado es una que cuestiono constantemente, porque creo que acompaña una visión del mundo que no nos ayuda a salir de los esquemas de producción y consumo hegemónicos actuales. Y esto

especialmente en el arte, cuya tarea primoridal (no porque la busque, sino porque la tarea lo precede y lo genera) es gritarle a lo que *es* y mostrarle otra forma de *ser*.

Siento que es bueno habilitar esta vía de pensamiento, agregando de todas maneras que uno no espera a encontrar “la deconstrucción total” para ser feliz (feliz como me encon-

tré al cierre de este festival, y por unas cuantas horas y días después): vamos en camino, construyendo espacios (interiores y exteriores) donde la deconstrucción es gradual; celebremos lo logrado, al tiempo que sabemos que luego habrá que seguir pensando y pensándose.

\*\*\*

Sorprende la notoria influencia de un sonido americano<sup>3</sup> en la escena *indie* que nos presenta el festival. Es un hecho que el cambio de milenio significó para el rock un cambio de referencia, que tal vez en los noventa ya comenzaba: Estados Unidos, y no Inglaterra, muestra el camino de la

---

3 Norteamericano, en realidad. Estadounidense, en realidad.

música que nos interesa seguir. Podríamos relacionar esto con la enunciada muerte del rock, o más que muerte —en palabras de Melero— ese rock que "dio el mensaje que tenía que dar" y hay que dejarlo ir. Inglaterra nos enseñó el rock por muchos años (más allá de la discusión respecto a dónde nació), y hoy es Estados Unidos quien nos enseña el *in-*



*die*, el *hip-hop*, el *R&B*, cómo usar máquinas, cómo combinar sonidos, nos muestra variantes y derivas nuevas del rock, que acompañan el paso del tiempo hacia el futuro, mientras Inglaterra mira un poco desconcertada qué hacer con la guitarra y el ampli de Jimmy Page. Como resultado local, en el escenario, durante el primer día de festival, vimos bandas

que tuvieron su adolescencia y primera juventud en este siglo, lo que trajo una inundación de sonidos y *yeites* que tienen origen de este lado del Atlántico. (Es muy difícil detectar orígenes o influencias con exactitud, en una escena de rock occidental donde se han entremezclado tanto los sonidos de artistas angloparlantes en

general. Por eso, tómense estas palabras como simple aproximación.)

\*\*\*

La secuencia de bandas que comparten integrantes, muestra con transparencia (otra característica de época; quizás antes esto se intentaría tapar con algún ardid ocultista) cierta en-

dogamia en la selección de bandas del *line-up*. De hecho, al buscar una de las bandas en la *app* de *streaming* amiga, la sección de “artistas relacionados” revela también la interrelación algorítmica. El punto aquí es la diversidad, palabra-bandera del momento, pero que suele utilizarse en general para describir una única transversalidad; por ejemplo, diversi-

dad de género, aspecto que el Cuero 2020 puso de manifiesto con elegancia, o diversidad de dieta, también muy bien tratada en el festival. Otras clases de diversidades quedan afuera de estos espacios (muy notablemente, la diversidad de clases sociales), y uno de ellos, menos esperado y también menos discutido, puede ser el a-

quí planteado: la diversidad de escenas musicales actuales.

El *under* argentino es bicho de un millón de patas, esto está claro. Las llamadas “escenas”, de pequeñas a medianas, surgen y revuelan pequeñas y medianas regiones del país, donde las bandas suelen moverse en bloque para conseguir mayor audiencia, mejores lugares para tocar, com-

partir gastos, alegrías y bajones. A esto se suma un aspecto de la cultura de la época, y aquí el debate se abre: estos bloques, además, comparten fuertemente una forma de pensar.

Difícil, siendo contemporáneo, comparar con otras épocas, pero leyendo sobre los surgimientos de alguna banda argentina de los ochentas, cuando se cuentan anécdotas de

la “escena” donde el proceso se gestaba, uno no puede evitar sentir que la diversidad sociocultural y de pensamiento entre las personas que la componían (artistas, espectadores, gestores culturales) era, efectivamente, más diverso. No reinaba el temor a reunirse o asociarse artísticamente con aquel que pensaba distinto. Hoy en día, hijos de una época donde la



“homogenización” de pensamiento está en cierta manera “naturalizada”, es difícil salir de la propia “burbuja filtrada” (tomando el concepto de la internet) y mirar afuera, lo que puede traer como resultado un *line-up* de festival algo endogámico. Pero esto no puedo afirmarlo, esta reflexión (y valga sólo como eso: un simple *linkeo* de pensamientos) se dispara al

mirar el escenario y notar que dos o tres bandas claramente pertenecen al mismo círculo. No puedo afirmar esto respecto al *line-up* general; puede que se haya hecho un gran esfuerzo por encontrar representantes de diferentes escenas del país, con todos los limitantes que semejante organización presenta (esfuerzos de contacto, costos de traslado, coordinación, y

más cosas que seguro escapan a mi imaginación).

\*\*\*

Con la noche, llega la primera banda que respeta la consigna del festival y sus integrantes visten de cuero, al menos parcialmente (el nombre del festival podría haber atraído a artistas

y espectadores de ambientes del *trash metal* y las motocicletas, pero por suerte no es el caso). La popularidad de la banda puede escucharse en las primeras participaciones del público entonando estribillos. ¿Estamos frente a los *headliners* implícitos del festival?

Si bien la estética visual y musical de la banda soviética tiene sus ra-

íces bastante claras en Franz Ferdinand, encontramos con satisfacción una fuerte raíz local en la figura del *frontman*, y ésta no es más que nuestro querido Sandro, que alumbra desde los sesentas a todo cantor argentino de gran sensualidad que esconde matices intelectuales en su impostura romántica/tanguera. Hipnosis colectiva en la figura del *frontman* y su voz

gastada (otra raíz argentina ahí: el Calamaro de los noventa), si bien su brillo no consigue cubrir la realidad de que tiene a dos trabajadores tocando en la formación actual de la banda, lo que se siente en la dinámica poco grácil de los dos sobre el escenario. Algo de lo genuino que buscamos en el rock se pierde, si es que alguna vez estuvo. El *frontman* los pre-

senta como los chicos nuevos de la banda, confirmando la sensación: mientras la banda se acerca a las estrellas, las prácticas de negocio se hacen ineludibles.

\*\*\*

Algunas personas simplemente pueden, ellas solas, ocupar todo el esce-

nario. Y no sólo el escenario. Lo logran sin aparente esfuerzo (si notásemos esfuerzo, se rompería el encantamiento); tienen algo que —dicen otros— viene en los genes, algo que no se enseña ni se aprende. Es bueno (o, más que bueno, perfecto) cuando esto se combina con una propuesta musical que embarga también los sentidos, pero si esto no sucede —



como en el caso de la chica que podríamos describir como The Weeknd versión local (The Weeknd en su primer triada de discos, que luego el muchacho siguió otros rumbos)—, al menos queda la experiencia de ser abarcado por una presencia gigante de una persona que, a simple vista, no ocupa mucho espacio. Valga el misterio de esa cosa llamada carisma.

\*\*\*

Última reflexión del día. Se acentúa un modo de andar el escenario para varios artistas: dejarse poseer durante la performance, para mostrar su auténtica personalidad entre tema y tema. Esto se repite notablemente en tres de los artistas del festival. “Ay,

es re buena esta chica”, se oye la sorpresa del público cuando, en medio de la performance de R&B latino, sensual en cada sílaba, la artista dice entre tema y tema algunas palabras agradeciendo al público, mostrando un inesperado tono inocencia e ingenuidad.

La asociación libre puede sentirse exigida: lo relaciono con la cre-

ciente necesidad de la época de “conocer lo que hay detrás”, el “cómo se hace esto”, que puede encontrarse en tanto contenido generado hoy sobre la mecánica de producción de otros contenidos. Ejemplos pueden ser: la abundancia de material sobre producción musical, sobre “la cocina de la comedia” en el mundo del stand up. La charla TEDx sobre cómo dar una

charla TEDx. Contenidos que siempre existieron, pero eran sólo consumidos por aquellos que efectivamente se dedicarían a producir tal o cual contenido. Esto se da en un contexto en el que crece la afición por la no-ficción, por las películas basadas en hechos reales, la literatura que inventa nuevos géneros para atacar (o acatar) la realidad desde diversos ángu-

los antes que “caer en el recurso de crear la fantasía”. Queremos saber hasta el *howto* de la creación de un asesino. Una larga lista que marca una particular obsesión por lo que hay detrás, como si quisiéramos gritar colectivamente —como cooptados por un síndrome de “Mago de Oz” generalizado— “¡sabemos que esto está maquetado!”.

¿Hay necesidad de hacerlo?

¿Estamos disconformes o insatisfechos, y no nos alcanza sólo con lo maquetado?

Cuando el artista sale de su papel de *performer*, saluda y dice “sí, soy yo, soy así mientras no canto”, siento algo raro en el aire. No puedo calificar la sensación, pero me sorprende y parpadeo: si estuviera en mí

preferiría seguir en la ensoñación...

no me despierten.

\*\*\*

Quien diga que una fiesta silenciosa

no es conectar, nunca estuvo en una

fiesta silenciosa.

\*\*\*



El segundo día de festival eleva la experiencia social del Cuero 2020. Esto es usual en los eventos de más de un día: lleva tiempo habitar un espacio, lleva tiempo encontrarse y encontrarnos, lleva tiempo cumplir (o dejar ir) algunas expectativas y *dejarse estar*, en el mejor sentido que pueda darse a esta frase.

El segundo día del Cuero es comunión. El *line-up* parece estar calibrado para profundizar el sentido de reunión. El *opener* del día nos convoca con su estética desfachatada, sin imposturas, con una búsqueda musical osada presentada con humildad y, esencialmente, divirtiéndose. Su trato con *staff*, público, músicos, es familiar, evidencia y confirma que existe

un *nosotros* en este comienzo de la tarde. La atmósfera es distendida, la música es buena, el artista nos envuelve: es lo que vinimos a buscar al Cuero 2020. El dj, líder del entre-tiempo, acierta con el volumen y mezclas elegidas. Y no pasan veinte minutos cuando llega la gigante al escenario.

La gigante tiene apenas un metro cincuenta de altura —así revela en una de sus letras—, no más de veinte años, y un fluir entre los versos que impacta. Avanza con versatilidad a través de uno, dos temas. Y, de repente y sin previo aviso —si bien anuncia que “este tema es un poco personal”—, nos sumerge en el momento más íntimo del festival: en un

track que no parece superar los tres minutos, nos entrega el corazón y lo deja ahí delante nuestro.

Existen líneas filosóficas y vías espirituales doctas al respecto. Podemos rastrearlo en varias de ellas: la entrega, recibida y “reciprocada” por quien o quienes estaban preparados para recibirla, genera la comunión.

¿Es ajeno este planteo al ambiente de un festival de rock?

Tras el momento más íntimo que vimos en el escenario, el público sintoniza, las frecuencias entran en fase. La *MC* convoca a la gente a que se acerque al escenario. El talento musical desborda el predio, pero es otra cosa la que convoca: en el escenario hay amor —ese que predicaba el Fla-

co, a quien festejamos apenas unos días después del festi—, se percibe en la dinámica de una banda que *se quiere*, que (bello detalle, resultado del azar, error o elección) tiene pulseritas verdes como el público y no anaranjadas como el resto de los artistas; son ese amor y esa entrega las que imantan al público, que responde

al abrazo con otro abrazo y la celebración se eleva.

Occidente no sabe celebrar. Así dicen. Nuestros ritos en eventos de potencial celebración son rígidos, extraños, superficiales, llenos de cosas que nos alienan de nuestro sentir más profundo (al que a veces no podemos poner palabras): queríamos reunirnos y celebrar, que la felicidad nos des-



borde, nada más. Pero celebrar requiere una preparación que está lejos de la mera coordinación de instancias. Requiere una disposición.

Dejando de lado la abstracción, el segundo día del Cuero 2020, a mi entender, dio lugar a la celebración. Requirió un conjunto de gente que apostó por un festival autogestionado (cada uno en su rol, productores pri-

mero, artistas y consumidores después), un día de inmersión, expectativas que se fueron cumpliendo o dejando ir, relaciones humanas que se fueron construyendo, un espacio conquistado, artistas que en menor o mayor medida se entregaron. Hasta alcanzar el punto en que público, artistas, organización, todos fuimos una sola cosa. Al menos por un rato.

Y este rato se extendió hasta el final del festi. Con la familiaridad (y genialidad) de los Bla Bla, la sensibilidad de Loli Molina (qué bello escuchar a una artista que pide que reduzcan el *reverb* del mic casi a cero), el crudo e “imposible de impostar” género del *stand up*. La tesis bosquejada inicialmente (que ésta era la búsqueda de quienes llegamos al Cuero,

que la expectativa genuina del público de un festival autogestionado, sin sponsors, sin ánimos de grandeza, es la de artistas que reflejen estos valores) se demuestra en la experiencia vivida. El cierre con Fus Delei sorprendió, y allí con la familia reducida seguimos moviéndonos hasta que las piernas dijeron basta.

\*\*\*

Me gusta perder referencia de cuándo sucedieron las cosas. Es lunes, martes, viernes de la semana siguiente, ya pasó el día del Flaco, y siento que hace diez años que salí de viaje, que hace un segundo que terminó el festival, que todavía estoy ahí. Camino una ciudad que no conozco. La sonrisa desdibuja los pasos de cual-

quiera que pasa cerca. Si estuviera jugando a la mancha, tocaría una pared y gritaría: ¡casa!

§